

# En esta casa asustan

Ma. Consuelo Maldonado Calderón



UNIVERSIDAD DE COLIMA

**En esta casa  
asustan**

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

EL RAPIDÍM

Pa' leerse como de rayo

# En esta casa asustan

Ma. Consuelo Maldonado Calderón



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2024  
Avenida Universidad 333  
Colima, Colima, México, CP 28040  
Dirección General de Publicaciones  
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext. 35004  
Correo electrónico: publicaciones@uocol.mx  
<http://www.uocol.mx>

5E.1.1/317000/081/2024 Edición de publicación no periódica  
DOI: 10.53897/LI.2024.0017.UCOL

Derechos reservados conforme a la ley  
Editado en México / *Edited in Mexico*



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005  
Dictaminación doble ciego y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Edición impresa: junio de 2011  
Edición electrónica: agosto de 2024  
Registro: OT-008-24

Ni un alma en la calle, sólo sus pasos apenas perceptibles en la noche. Un perro a lo lejos ladra con desgano y las luces del alumbrado público proyectan la sombra de su cuerpo en formas desproporcionadas sobre la acera todavía húmeda por la lluvia de la tarde.

Llegó a la puerta, metió la llave en la chapa que casi se desmoronaba al tacto. Inexplicablemente pudo correr el cerrojo y de milagro la puerta se abrió sin que se rompieran las bisagras. Adentro, la oscuridad era total, sacó de uno de los compartimentos exteriores de la maleta las dos velas de parafina y los cerillos que había comprado tres días antes, cerró la puerta y prendió sólo una de las velas; rápidamente pasó la vista por el recibidor y vio que el cancel interior ya no estaba, entró a la habitación que antes fuera la sala.

Había un sofá y dos sillones cubiertos con mantas llenas de polvo; retiró con cuidado la

manta del sofá, y de un costado de la maleta sacó una sábana pequeña, la puso encima y se acostó bocarriba sin desvestirse y tratando de respirar lo menos posible para no tener que tragar el polvo que se sentía flotar, rebotar de una pared a otra.

—Me bastan dos o tres días —dijo en voz baja, mientras trataba de acomodar su cuerpo en el sofá que ahora le resultaba demasiado pequeño.

El cansancio le hizo dormir a pesar del sofocante y húmedo calor guardado por esa casa cerrada quién sabe por cuánto tiempo, y a pesar de los chillidos de las ratas que corrían por el suelo y roían constantemente pedazos de madera apolillada.

Lo despertó el bullicio de la mañana, de la gente que caminaba rumbo a su trabajo, o que llevaban a sus hijos a la escuela. Le pareció que todos corrían cuando pasaban por la acera de esa casa; luego le sobresaltó el grito del repartidor de agua, después el que vende tamales. La sala estaba en penumbras; la luz del día se colaba por el patio interior. Se levantó sintiendo todavía en los huesos el dolor de la espera, el viaje de dieciocho horas, el

peso del odio que llevaba a cuestras por tantos años. Al momento de incorporarse se rompió una de las patas del sofá, notó que las otras tres estaban llenas de hoyos, las polillas se habían comido todo.

Salió al patio. No se veían los ladrillos rojos del piso porque estaban cubiertos de hojas secas, de mangos podridos, de tierra mojada. Fue a la fuente sabiendo que ya no tenía agua, sino fango; se acercó para ver si podía rescatar un último recuerdo de los días en los que se arqueaba sobre ella para meter sus barquitos y mirarse en aquel espejo de agua cristalina e inconstante, que le hacía reír cuando le alteraba las facciones. Suspiró y comenzó a hablar en susurro para él mismo:

—Mi mamá prendía la fuente un ratito en la mañana y otro en la tarde, ¿te acuerdas Sarita? Tú siempre llorabas cuando la apagaba. Te gustaba mojarte con la brisa y pasabas con tu triciclo alrededor y te reías cuando ella te regañaba, porque te hacía daño mojarte. ¡Mira nada más Sarita! Todo se lo está tragando el tiempo... y la polilla...y las ratas.

Caminó hacia la habitación de la derecha y vio tirado en el suelo lo que quedaba de la



puerta. Con mucho cuidado retiró aquel pedazo de madera lleno de agujeros y lo acomodó en el pasillo, recargándolo en la pared junto a los hierros oxidados del cancel interior.

—Mi cuarto... Aquí estaba mi cama, aquí la mesita para las tareas, seguramente este montón de polilla era mi mesa. Los cuadernos se los han de haber comido las ratas. Ya no está el ropero, ni nada, sólo este pedazo de espejo. Seguramente Inés se llevó el ropero, siempre le gustó; también la cama; mi ropa le venía a su hijo... Ojalá que le haya servido todo.

Recogió el pedazo de espejo y lo acomodó en unas ménsulas que todavía estaban atorilladas a la pared, salió al patio y con unas ramas y una hilacha improvisó una escoba.

Fue al baño, aunque estaba sucio por el polvo y la humedad; comprobó que tenía agua en el tanque, en la regadera y el lavabo. Operó manualmente el herraje del tanque para hacer correr el agua en la taza; regresó a su recámara y barrió la polilla, los pedazos de madera, los trozos de pared desprendida y el polvo; quitó las telarañas que alcanzó y decidió ignorar a las que estaban cerca del techo.

Dio tres puntapiés al sofá: uno en cada pata, lo llevó arrastrando hasta su habitación dejando un caminito de polilla. Por un momento pensó que se iba a deshacer en el pasillo; lo colocó en el lugar que guardaba el recuerdo de su cama, lo sacudió varias veces y volvió a cubrirlo con la sábana.

Abrió la regadera, venciendo la repugnancia que le causaba el moho de la llave en las manos, dejó correr el agua un poco y se bañó cuando estuvo convencido de que el agua no oliera a hierro oxidado.

Con mucho cuidado abrió la puerta de la calle y se asomó para ver si había conocidos. Nadie venía, eran como las diez de la mañana y todo el mundo estaba ocupado en algo. Salió a la calle y cerró procurando no jalar mucho las hojas de la puerta, temía por las bisagras.

—Sólo lo necesario: dos botellas de agua, un paquete de pan, algo de jamón o un medio pollo y el periódico para ver en dónde será el reconocimiento. En la tienda puedo pedir el directorio para ver si no ha cambiado de número telefónico.

Regresó cerca de la una de la tarde y esperó en el parque cercano a que las familias

comenzaran la hora de la comida; lo más seguro es que nadie lo reconociera, pero de todas maneras, era preferible que no lo vieran entrar ni salir de su casa.

—Es mejor estar lejos de los viejos, muchos tienen buena memoria para retener las caras.

Pronto la calle se vació de gente y sin prisa abandonó la banca. Cuando llegó a la casa vio cerca de la puerta el anuncio “SE VENDE” y el mismo número de teléfono que copió del directorio en la tienda. Enfadado, movió la cabeza por no haber reparado antes en que estaba ese letrero. Entró a la casa y en el sofá sin patas comenzó a comer el medio pollo.

Pensó que hubiera sido mejor comer en el parque, los restos de la comida atraerían más a las ratas.

—Ya ni modo... Pondré las sobras en la fuente, en tu recámara no, Sarita, ni en la de mamá. Tal vez más tarde limpie un poco, aunque sólo esté de paso. Lo haré por ti mamá, me acuerdo cómo tenías impecable la casa... ¡Si la vieras en este momento!

Pasó casi una hora sentado en el sofá sin patas, con los codos en las rodillas, a veces ha-

ciendo rayas imaginarias en el piso con una rama sin hojas, como si escribiera el plan que estaba maquinando, a veces caminaba dando vueltas alrededor de la fuente, sin atreverse a entrar en las otras recámaras. La polilla se había comido más de la mitad de la puerta del cuarto de Sarita; desde el pasillo miró por el agujero hacia adentro y comenzó a llorar.

—Sarita, no podré limpiar tu cuarto, necesitaría un camión para sacar tanto escombros... Tal vez un poco... Puedo sacar un poco al patio, aunque sea para hacer un rinconcito a tus recuerdos.

Se quedó casi media hora de pie, frente a la recámara en penumbras. Una parte del techo había sido reemplazada por las ramas del mango, el enjarre de las paredes estaba en el suelo, las pocas vigas que quedaban se quejaban a cada momento, tal vez por la humedad que las hinchaba, o por las mordeduras de las ratas, o porque les era difícil sostenerse en los adobes reblandecidos.

—Sarita, si alguna vez puedo volver, sacaré todo esto y compraré cosas y otros muebles: tu cama, tu ropero, tu juguetero, tu ábaco, tus muñecas... Mejor no... Mejor me quedaré cerca de ti y a Colima no volveré nunca

más. Aquí, hasta el aire me hace daño. De todos modos haré un agujero en la pared para que el agua salga a la calle, si no, tu cuarto se va a derrumbar este verano.

Comenzó a llover y decidió regresar a su sofá sin patas; cuando pasó frente a la sala, escuchó voces de gente que se resguardaba de la lluvia en la marquesina de la casa, casi enseguida otra voz alertó a los primeros:

—¡Quítense de ahí, en esa casa espantan!

Escuchó las risas, los gritos y las carreras de los que se alejaron. Repasó mentalmente lo que tenía que hacer, y cuando dejó de llover salió a tirar las sobras del pollo en un depósito de basura que estaba en la esquina del parque, luego caminó hacia el norte por la calle que tantas veces recorrió de la mano de su madre, cuando ella los llevaba a tomar clases de dibujo y pintura a Sarita y a él.

Llegó a las afueras del auditorio de la escuela de bellas artes y consultó la agenda de eventos: “Jueves 25, 18:00 horas, reconocimiento y entrega del Galardón de Oro al filántropo y promotor del Programa Nacional de Protección a Mujeres en Situación de Riesgo, Lic. Víctor Sánchez Berinstain”.

—Pasado mañana, cuando salgas, te estaré esperando, pedazo de mierda.

Se sentó en una banca de la explanada porque el hueco que sentía en el pecho comenzó a pesarle como si se hubiera acomodado en él una piedra. Ese hueco lo comenzó a lastimar desde el día en que murió su padre y que su tío les anunció:

—Lo atropellaron, pero nadie vio el vehículo.

Trató de respirar hondo para que su cuerpo recuperara la fuerza, pero cada vez que miraba el cartel y adivinaba la palabra “filántropo”, la sangre le golpeaba las sienes y el hueco doloroso parecía vibrar y se volvía mucho más pesado.

—Maldito, ni siquiera una muestra de tristeza, ni una lágrima por su hermano. Sólo en el discurso que dio en el panteón, ahí sí lloró porque había reporteros y políticos. ¡Hipócrita de mierda! No podía esconder la alegría porque se quedaría con todo, hasta con el derecho de decidir sobre nuestras vidas. ¡Ase-sino hijo de puta! ¿A quién más le iba a convenir la muerte de mi papá? ¿Quién si no él era el que iba a dar órdenes en la casa, a manejar los negocios y a disponer del dinero?

Había dejado de llover, pero la tarde siguió nublada y gris. Caminó tres cuadras hacia el oriente, luego hacia el sur hasta que llegó al centro de la ciudad y entró a Casa del Moral; compró una barra y una pala; no tenía ganas de regresar a su casa pero tampoco tenía a dónde ir.

Emprendió el regreso; en un puesto compró un atole y dos tamales y se sentó a cenar en una banca del parque, mientras veía la calle por la que en otros tiempos corría hasta esa banca a reunirse con sus amigos. Desde ahí podía ver la casa, los balcones con sus barrotes de hierro formando un medio círculo, la marquesina de tejas rojas, la puerta de madera. Ahora se veía también una cuarteadura en el muro exterior de la recámara de Sarita, seguramente se habría formado ahí después del último sismo.

Unos niños comenzaron a jugar canicas y por algún impulso que ni él mismo se explicó, les preguntó a los chicos:

—¿Quién vive en la casa 204, la de tejas, ésa que está cuarteada y que tiene un letrero que dice que se vende?

—Nadie —respondió uno de ellos—. Dice mi mamá que no la han podido vender por-

que ahí espantan. En la noche se oye a una mujer que llama a sus hijos y que llora por ellos. A veces en el día también hay ruido como de cosas que se rompen o golpes en la tierra. Yo nunca paso por ahí, mejor me cambio a la banqueta de enfrente.

—Sí es cierto —dijo otro—, mi papá sabe que el dueño vive en una casota allá por Las Lomas, nunca viene, yo creo que también le tiene miedo a los muertos.

Se deshizo del grupo de chiquillos y dio una vuelta por el parque. Vio que a pesar de los avisos se estacionó un camión de redilas frente a su casa, rodeó la manzana y entró aprovechando que el camión lo cubría de las miradas de los vecinos que se abanicaban sentados en el quicio de sus puertas o en la acera. Dejó la barra y la pala en el pasillo y fue a recostarse en el sofá sin patas.

—Tú llorabas mamá, siempre llorabas cuando él venía y me decías que llevara a Sarita a su cuarto y que la cuidara bien; él te llevaba a tu recámara y cerraba la puerta. A veces oía que él se quejaba como si le doliera algo, pero luego salía muy contento y tú seguías adentro, llorando, llorando hasta



que entrábamos Sarita y yo y nos abrazabas y nos decías que no pasaba nada, sólo que mi tío te había examinado porque te dolía la cabeza... ¡Ay, madrecita! Perdimos la inocencia de la peor forma.

Se incorporó con los labios apretados, llorando de rabia, se quitó la camisa y los zapatos y fue hacia el pasillo para tomar la barra y la pala. Estaba casi a oscuras la casa, sin embargo no quiso encender las velas, tiró de un empujón lo poco que quedaba de la puerta de Sarita y caminando entre el fango, ramas mojadas, hojas viejísimas y mangos en descomposición, llegó hasta el muro que daba a la calle, localizó la cuarteadura y comenzó a despejar de escombros la base; después, con la barra, agrandó la cuarteadura al nivel del piso para que por ella saliera la mayor cantidad de agua y lodo posibles.

—Me acuerdo, Sarita, que ya no íbamos a la escuela ni a clases de dibujo, ni a la tienda, ni al parque, todo nos tenía prohibido. Jugábamos tanto en el pasillo y en el patio que comenzamos a aborrecer la casa.

Salió sucio, fatigado y con el pantalón mojado. Era una suerte que no hubieran corta-

do el agua y que las manijas del baño sirvieran. Sacó una toalla pequeña de su maleta y se bañó con todo y pantalón.

Cuando pasó por la recámara de su madre se detuvo a contemplar la puerta cerrada; era la única de toda la casa que estaba completa.

—¿Dónde quedarías, madre? ¿Quién estuvo contigo en el momento de tu muerte? ¿De qué moriste?

Se recargó en la puerta con el brazo doblado y la frente sobre él, como si esperase que su madre le abriera.

—Él nos llevó con Inés y nos dejó tres días, luego nos trajo y nos dijo que habías muerto en Guadalajara y que te sepultaron allá. Cuando llegamos Sarita y yo, él había cerrado tu cuarto con llave, cambió el piso del patio y plantó el mango que ahora se adueñó del cielo, que se queda con toda la luz y que ha metido sus ramas al cuarto de Sarita. ¿Dónde están tus huesos mamita? ¿En el aire de dónde quedó suspendida tu voz llamándonos para abrazarnos?

Regresó a su cuarto, se quitó el pantalón mojado y lo colgó en una ménsula. Se terminó de secar y se acostó bocarriba en el sofá.

El llanto silencioso se fue transformando en sollozos ahogados, en sollozos roncros, en llanto abierto que no lograba desprender ni siquiera una minucia del hueco doloroso que se había instalado en su pecho. De pronto se detuvo el llanto, se levantó de un salto y fue hacia las herramientas enlodadas.

—¡Aquí estás mamá, el hijo de perra te asesinó y te sepultó aquí mismo; sobre tu cuerpo plantó el mango! ¿Cómo no lo vi antes? Algo de tus huesos debe haber todavía o de la ropa que llevabas puesta.

Comenzó a cavar como poseído, sin importarle la oscuridad casi completa o la lluvia que volvió a caer en gotitas menudas pero abundantes.

El reloj de la catedral hizo sonar las tres de la mañana, las nubes se habían ido hacia el sur y la luna llena iluminaba la mitad del patio. Con eso le bastaba para seguir buscando entre las raíces del mango. La tierra reblandecida por la lluvia persistente de los días anteriores cedía fácilmente al golpe de la barra y al filo de la pala, ya tenía un hoyo de casi metro y medio, pero todo lo que encontraba eran raíces y piedras.

—Háblame mamita, dame aunque sea una señal, una esperanza de encontrarte y llevarte con Sarita... Lejos de aquí... lejos... Allá donde estemos todos juntos, te prometo que después vendré por mi papá.

Siguió un rato más. Ya le dolían los brazos cuando lanzaba la tierra hacia afuera, por encima de su cabeza. Salió del hoyo, se bañó nuevamente y se fue a recostar con el propósito de seguir cavando en cuanto saliera el sol. No eran aún las siete cuando se levantó y fue a sentarse en cuclillas a la orilla del hoyo. Miró detenidamente cada centímetro y no encontró ningún rastro de su madre. Meditó un rato caminando por el patio, de pronto descubrió que en una esquina no había ladrillos, sino un montículo con hierbas.

—Es ahí donde estás, madre, tiene que ser ahí. Yo recuerdo que todo el patio tenía ladrillos.

Tomó las herramientas y comenzó un nuevo hoyo; cuando el sol empezaba a filtrarse entre las ramas del mango ya había cavado más de un metro. Suspendió por un momento el trabajo y cuando se secaba el sudor un mango cayó cerca de la fuente y el golpe sonó hueco, como si faltara tierra debajo; inmediata-

mente inició la búsqueda hundiendo la barra en el ladrillo todavía manchado con la entraña amarilla del mango. No supo cuándo llegó la tarde, de pronto se encontró sentado en el borde de la fuente con todo el cuerpo dolorido. Había hecho cinco hoyos y su madre no apareció en ninguno; el primero de ellos era impresionante, casi dos metros de hondo y con un socavón que casi rodeaba la raíz del mango, los otros cuatro fueron de diferentes diámetros y cada vez menos hondos.

Volvió a bañarse, se vistió y quedó inmóvil en el sofá. Otra sospecha empezaba a tomar forma en su cerebro.

—Nadie entró más a tu cuarto mamita, sólo él tenía llave, pero no entraba; se quedaba en la mecedora del pasillo mirando la puerta cerrada. Ni siquiera Inés se atrevió a pedirle la llave para hacer la limpieza. ¡Estás ahí, madre en tu cuarto!, a lo mejor tendida en tu cama o dentro del baúl de madera... Tienes que estar ahí, por eso no nos dejaba acercarnos a tu puerta.

Con un movimiento felino saltó del sofá.

—¡Estás ahí madrecita, por eso no nos dejó entrar nunca más... Ni acercarnos siquiera.

Tomó la barra y fue directo a la recámara de su madre dispuesto a destruir la cerradura, empujó la puerta con la mano como para medir la fuerza del golpe, pero la puerta cedió, y con un quejido largo y grave se abrió para mostrarle la habitación casi oscura que todavía guardaba el perfume de su madre. Recargó la barra en la puerta abierta para asegurarse de que no se cerraría de nuevo y corriendo fue a traer la vela para mirar mejor. La última luz del día que apenas lograba colarse entre las hojas del mango y el débil resplandor de la vela fueron suficientes; su madre no estaba ahí, pero sus cosas sí, intactas, como si manos invisibles hubieran preservado la ropa y los muebles, el perfumero, su cepillo, sus alhajas... ni ratas, ni polilla, sólo una leve capa de polvo perceptible más por el olfato en aquella penumbra.

—Mamita, aquí sigue el olor de tu pelo recién lavado, me parece imposible que no me respondas si te llamo... ¿Dónde estás?

Era de noche cuando salió de la recámara de su madre; ya casi se había consumido la vela, abrió con cautela la puerta de la calle y se fue a comprar algo para cenar, aunque no

tenía hambre a pesar de que no había comido en todo el día. Fue hacia el poniente, luego al norte, y otra vez al poniente; se acordaba de que cerca del templo de San Francisco vendían tacos. Allá mismo cenó y regresó sin prisa. Espió desde la esquina del parque y cuando lo creyó conveniente entró a su casa, se acostó y se durmió enseguida a pesar del ruido incesante de las ratas, los grillos y los mangos que caían desde lo alto de la copa de aquel árbol que se había adueñado de la casa.

Una rata que subió por su pantorrilla lo despertó erizándole la piel por el asco que sentía; se incorporó bruscamente y el roedor se alejó sin prisa hacia su agujero. Salió y buscó la barra, luego la llevó para recargarla por dentro de la puerta del cuarto de Sarita. Se bañó. Mirándose en el pedazo de espejo se afeitó cuidadosamente la barba de candado, se vistió con la camisa blanca, el pantalón oscuro y los zapatos negros que traía en el fondo de la maleta, los calcetines combinaban a la perfección. Se puso loción y se peinó con mucho cuidado. Sacó el portafolios, tomó de la maleta una moneda de diez pesos y salió a la calle.

—Esto será mejor que esperarte afuera del auditorio de bellas artes. Tu ambición te perderá, hoy veremos si en verdad eres tan inteligente, tan ecuánime, tan mesurado, hijo de perra.

Llegó al teléfono de la esquina, depositó la moneda de diez pesos y marcó el número. Su mano temblaba levemente pero su voz sonó firme y segura, con ese acento norteño que obligaba a tomársele en serio.

—¿Casa del licenciado Víctor Sánchez Berinstain?

—...

—Sí. ¿Quién lo llama? —respondió una voz femenina.

—No me conoce. Soy el doctor Camilo Montes de Oca y Pérez. Me interesa comprarle la casa de General Rosales 204 —dijo con aplomo.

—Ahorita se lo comunico.

—...

—¿Bueno? —sonó la voz en la línea, más grave de lo que él la recordaba, con la misma arrogancia y seguridad de los que mueven el mundo desde su silla.



—Licenciado Sánchez, me interesa comprar la casa de la calle General Rosales 204.

—¿Quién es usted?

—Vengo de Pasadena, quiero poner aquí una distribuidora de aparatos ortopédicos, me gusta la ubicación de la casa y quisiera hacer el trato hoy mismo.

—¿Es usted médico?

—Ortopedista.

—¿Le parece si nos vemos mañana en mi oficina? ¿Tiene con qué anotar la dirección?

—Necesito verlo ahora mismo. Hoy en la tarde tomaré el avión de regreso y quiero dejar cerrado el negocio... Por lo menos ver por dentro la casa para poder calcular la inversión y el tiempo que llevará la construcción de la distribuidora.

—¿Me pagaría hoy mismo la primera parte?

—Sí, en cuanto vea la casa y tomemos acuerdos, podemos ir al banco y hacer la transacción. No tengo problema con eso.

—¿Dónde nos vemos?

—Lo espero afuera de la casa.

—Voy para allá. Lo veo en media hora.

—Bien.

La mañana estaba nublada, caminó dos cuadras al oriente y luego una al norte, llegó al mercado y desayunó unos huevos fritos, un café bien cargado y dos piezas de pan. Regresó de prisa a esperar la llegada del hombre para quien ya había fijado la fecha de su muerte.

Cuando llegó a la esquina de su calle un automóvil se estacionó frente a la casa, lo vio bajar y buscarlo con la mirada. El rencor se agolpó en sus sienes y le hacía temblar las manos; temió que lo reconociera. Respiró hondo para tranquilizarse y sentir menos grande el hueco del pecho; caminó despacio y cuando llegó frente a él se dio cuenta de que no era tan alto como lo veía en sus recuerdos, le sostuvo la mirada largamente mientras se saludaban.

—Camilo Montes de Oca y Pérez —dijo de lejos para evitar el contacto de su mano.

—Víctor Sánchez Berinstain, servidor.

—¿Podemos ver la casa?

—Sí, claro. Como seguramente ya lo ha previsto, se vende a precio de terreno, una

verdadera oportunidad. Sólo quisiera conservar la recámara de la izquierda, es un espacio de cinco por siete, esa no entraría en el trato.

—¿Por qué?

—No se lo puedo explicar, pero para el negocio de usted es suficiente el resto, la casa es muy grande, ya la verá —hablaba mientras abría la puerta; entraron y cerró con cuidado.

Pasaron al recibidor, y aunque eran visibles los montones de tierra en el patio interior él siguió hablando de las ventajas que ofrecía la casa.

Dejó que el hombre se adelantara un poco cuando pasaron junto al cuarto de Sarita, entonces tomó la barra y le dio un golpe tan fuerte en las costillas que cayó al suelo desvanecido por el dolor. No pudo gritar porque hasta respirar le era difícil.

Volvió a golpearlo, ahora en las piernas, que se rompieron como cañas o trozos de madera vieja.

Dejó caer nuevamente la barra, esta vez de punta en la cadera izquierda, de donde comenzó a manar un hilillo de sangre. Lo tomó del pelo y lo arrastró hasta el hoyo junto al mango.

Víctor no oponía resistencia, por momentos perdía el sentido y cuando estaba consciente no comprendía lo que estaba sucediendo.

—¿No me reconoces, tío Víctor, mierda de zopilote, hijo de perra?

—¡Gabrielito! —dijo casi en susurro, con horror y desesperanza.

—Sí, Gabrielito, más alto que tú, más inteligente que tú, y a la mejor más cruel que tú. Ya te chingaste.

—Gabrielito... ¿Por qué?... Eras como mi hijo.

—No, yo tuve mi padre y tú lo mataste. Lo dejaste en un hoyo del panteón y mira, ya te hice el tuyo. Aquí vas a quedar.

Víctor ya no suplicó, sabía que era su hora. Le dolía tanto el costado cuando hablaba; en la cadera y las piernas sentía un dolor punzante que le llegaba hasta el cuello. Todo él era un dolor que obligaba a salir un torrente de lágrimas. Por un instante le pareció que Emilia lo miraba desde el tronco del mango, con una mirada fría, impasible, sin movimiento.

—Emilia, una vez te dije que por ti mataría y que por ti moriría. Todo eso pasó Emilia, mírame, muriendo por ti... Todo lo que pasó fue por ti.

No supo si eso lo dijo o lo soñó, pero Emilia se desvaneció en el aire y él no pudo siquiera alargar su mano hacia ella porque cuando giró un poco su cuerpo, una punzada de mil puñales se le clavó en el costado herido.

Gabriel fue a la puerta de la calle a correr el pasador. Se cambió la ropa y los zapatos, regresó y comenzó a caminar alrededor del hoyo como si no concretara el final que había determinado para el tío ahora vencido, roto, indefenso, sangrante...

—¿Qué... pasó... con.... Sarita? —preguntó Víctor en pausas.

—Está muerta por tu culpa. El día que la sentaste en tus rodillas y le acariciaste el pecho y los brazos, supe que me la tenía que llevar lejos de ti.

—No... Para... mí... era... mi hija.

—¡Qué hija ni qué la chingada iba a ser para ti, animal! Tarde o temprano le harías lo

mismo que a mi mamá. Por eso huimos, nos fuimos a Torreón a buscar a Tina. Ella nos llevó con los jesuitas pero nos pusieron en albergues separados.

—Me... tenían a mí... Yo... los amaba.

—¿Nos amabas? ¿Porque nos amabas nos aislaste del mundo y nos fuiste matando de uno en uno? ¿Porque amabas a Sarita comenzaste a manosearla?

—Yo... quería... educarlos... Se lo prometí... a Emilia —dijo, y perdió el conocimiento.

Gabriel buscó en los bolsillos del pantalón de Víctor y sacó las llaves del carro, empujó el cuerpo hasta que lo hizo caer al fondo de aquel hoyo que se metía entre las raíces húmedas del mango. Cayó boca arriba con los brazos abiertos y las piernas torcidas. Lo dejó ahí y fue a ordenar sus cosas en la maleta; extendió sobre el sofá sin patas la ropa que había usado en la mañana.

—¿Lo viste Sarita? No es nada el infeliz, sólo un montón de lágrimas y arrugas. Ya no le tenemos miedo... Ahora podrías escupirle si quisieras. Lo malo es que no deja de dolerme este hueco que te decía tengo en el pe-

cho... Sí, lo tengo Sarita, aunque no salga en ninguna radiografía. Pensé que la venganza iba a curarme, pero no; ya vi que ese hueco no lo sienten los que odian, sino los que perdimos a los amados. No me voy a curar.

Hablaba en voz alta para que Sarita lo oyera en cualquier lugar de la habitación.

No incluyó la sábana en su equipaje, le daba asco ponerla en la maleta y además quería tener algo entre el sofá y sus cosas. Sólo quedarían pendientes la ropa y las sandalias que vestía en ese momento. Tomó la pala y fue hacia el hoyo dispuesto a sepultar al odiado tío.

—Aunque esté vivo todavía —pensó.

Víctor estaba vivo, mirando otra vez a Emilia que se asomaba por entre las raíces del mango; sus ojos le provocaban escalofríos.

—¿Vienes por mí, Emilia? Tal vez me perdonaste y me estuviste esperando en el fondo húmedo de mi tumba. Te amo Emilia, por ti moriría otra vez con este mismo dolor que me hace tenerle miedo a la vida.

Sintió sobre sus piernas rotas el golpe de la tierra que caía desde lo alto y el dolor volvió

a expandirse por todo su cuerpo, cerrándole la garganta y lastimando hasta los cabellos.

El gemido se escuchó ronco y profundo, los pájaros volaron y los perros del vecindario comenzaron a aullar espantados.

—¡Cállate! Si vuelves a gritar te sepultaré sólo con piedras.

—No Gabrielito... No me sepultes vivo... Márame primero... Tu madre me está esperando.

—¿Mi madre? Tú sabes que eso no puede ser. Ella está con mi papá, igual que cuando estaban vivos. No viene por ti, viene para ver que ya no puedes hacer daño a la gente.

—Gabrielito... quiero que vayas... al despacho de... Díaz..., te identifiques y reclames mis bienes... Necesito...

—Olvidalo, vine por tu vida, no por tu dinero. Ni siquiera mi casa me interesa; tantos recuerdos malos dejaste aquí, que lo único que quiero es irme. Dime dónde está sepultada mi mamá.

—En Guadalajara... Te lo dije... Pero no recuerdo el panteón... Fue hace mucho.

—¿Por qué no quieres vender su recámara? ¿Está ahí, verdad? ¡Dime en dónde perro depravado!



Gabriel respiró hondo para no perder el dominio de sus emociones, sin embargo sus labios se arquearon apretados por la rabia, paleó con movimientos bruscos y volvió a echar tierra sobre Víctor, que a cada golpe sentía que la muerte se le metía por las piernas. Volvió a desmayarse; sangraba más la herida de la cadera.

Gabriel fue a la recámara de su madre, se sentó en el baúl de madera y recorrió con la vista la habitación buscando una grieta, una imperfección en el piso, una doble pared o algo que le indicara que ahí estaba Emilia.

—Nada... No hay nada... Tu cuerpo no está aquí, pero tú sí. Puedo oler el perfume de tu pelo, puedo escuchar tu sollozo, ese llanto quedito que sólo los hijos oímos. Los veintitrés días que Sarita y yo estuvimos solos nos acercábamos a la puerta cuando él no estaba, te llamábamos con la esperanza de oírte. Una vez Sarita escuchó que llorabas, tal vez regresaste a buscarnos y luego te quedaste a esperar a que volviéramos... Tal vez viniste a recordarme la cajita con el dinero y la llave que me diste a guardar. Te ganó el tiempo mamita, no alcanzaste a escapar con no-

sotros. Debimos irnos desde que nos quedamos sin papá.

Dio un recorrido más por la habitación y salió a sonarse la nariz y limpiarse las lágrimas.

Víctor deliraba, el dolor era insoportable y el olor de la sangre le causaba escozor en la nariz.

—Javier, hermanito, perdóname aunque no me arrepienta. Lo volvería a hacer, no puedo verte con ella, debes odiarme y tienes razón. No me iré contigo, me iré con ella. Te quitaré de en medio siempre, donde quiera que estemos.

Gabriel se sentó en cuclillas a la orilla del hoyo, comenzó a tirar piedritas para llamar su atención.

—Ya deja de hablar solo, tío. Dime dónde está mi mamá, la quiero encontrar, no es posible que hayas olvidado el cementerio.

—Sí... Lo olvidé.... ¿Cómo... murió... Sarita? —preguntó Víctor con palabras que más bien parecían quejidos susurrados.

—Murió de pulmonía en un albergue para niñas. Le hizo falta mi mamá, le hicimos falta mi papá y yo para que la abrigáramos bien.

En el norte el invierno es en serio, no como aquí. Ni siquiera tuvo velorio... Todavía no cumplía ocho años.

—Yo... no... la manoseaba... ese... día... La acariciaba... como... un padre... a su hija.

—¡Hijo de la chingada! Ya te dije que no eres padre de nadie. Tú no podrías engendrar sino ratas apestosas como tú—lanzó un puñado de tierra sobre la cara de Víctor, más cargado de rabia que de tierra.

—Yo... prometí... cuidarlos... No...sé... cómo... pudiste... ir tan... lejos... Los busqué... con todos... los... parientes... Nunca... los... encontré... Lloraba... por... ustedes...

Gabriel ya no escuchaba, estaba decidiendo el final del encuentro, acababa de resolver lo que haría; volvió a tomar la pala y retomó la tarea de sepultar a Víctor.

—Sólo lo suficiente para que la presión sobre su cuerpo le impida gritar fuerte. Esto no te va a gustar Sarita, mejor no veas.

Víctor volvió a sentir la tierra cayendo sobre su agonía y ya no habló para Gabriel. Su mirada extraviada sólo se dirigía hacia los fantasmas que vinieron a verlo morir, sólo a ellos les hablaba reiterando el amor y los ce-

los que lo atormentaron y le envenenaron, le corrompieron el alma y que al parecer lo seguirían más allá de la vida.

Casi nada de tierra quedó sobre el pecho, el cuello y la cara; los brazos no quedaron sepultados, eran como dos hilachos largos que se negaban a levantarse y a cada intento despertaban enfurecidos al dolor del costado y avivaban el venero de sangre que salía de la cadera.

Gabriel llevó la pala y la barra al cuarto de Sarita.

—No vale la pena limpiar tu cuarto Sarita, de todos modos no queremos estar aquí. No volveremos nunca.

Se quitó la ropa sucia y la dejó en uno de los otros hoyos, trajo un cerillo y le prendió fuego. Desnudo fue a bañarse, regresó junto al sofá sin patas y se vistió con la ropa que había usado en la mañana. Con una punta de la sábana limpió el calzado, metió las sandalias en una bolsa de plástico y las colocó en un compartimento lateral de la maleta.

Entró por última vez a la recámara de Emilia.

—Vámonos mamita, no te quedes en esta casa. Mi papá ha de estarte esperando. Sarita

ya no está aquí, si no está a tu lado seguro que te anda buscando para que la abrigues; allá también debe hacer frío. Yo voy a estar bien. Mira, los jesuitas hicieron buen trabajo conmigo. Voy a dejar la puerta abierta para que veas las ruinas, la tristeza y las ratas y tampoco quieras volver. Por favor no te quedes, deja que sean otros fantasmas los que asusten a la gente, otros lamentos los que se oigan en la noche. No te quedes, madrecita, aquí ya no hay nada para nosotros.

Salió y dejó abierta la puerta de la recámara, tomó su maleta y cuando estuvo en el pasillo vio desde ahí los bordes del hoyo convertido en tumba. Las ratas ya habían percibido el olor de la sangre y comenzaban su macabro desfile siguiendo el rastro desde la puerta de la recámara de Sarita hasta la abertura junto al mango.

Abrió con mucho cuidado el portón de la calle; cuando se convenció de que nadie lo vería salir, abandonó la casa, subió al carro, prendió el motor y se alejó para siempre.

En el auditorio de la escuela de bellas artes se quedó un galardón esperando por el “filántropo protector de las mujeres en situación de riesgo”.

Adentro de un agujero, lo que quedaba de un hombre, luchaba con el dolor, los fantasmas y las ratas que estaban llegando por docenas. Si alguien oyera sus lamentos no vendría, pues en esta casa asustan.

*En esta casa asustan*, de Ma. Consuelo Maldonado Calderón, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México. La edición electrónica se terminó en agosto de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Esprit Std de 12 puntos para el cuerpo del texto y de 24 puntos para títulos. Gestión administrativa: Inés Sandoval Venegas. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Cuidado de la edición: Alberto Llanes, Guillermina Cuevas e Irma Leticia Bermúdez Aceves. Portada: Víctor Hugo Gaytán Chávez.

Las cuatro paredes de un hogar pueden contener múltiples secretos, historias que hacen erizar la piel. Los susurros, los llantos, los diversos crujidos que nos hacen saber que hay algo escondido, aunque se escape de nuestras manos poder responder a ciencia cierta de qué se trata... Gabriel vuelve después de muchos años a la casa materna, para enfrentarse a algo inimaginable que se ha apoderado de los recuerdos de su pasado; quizá esta vez pueda encontrar la paz que tanto busca.



UNIVERSIDAD DE COLIMA